

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JULIO—NÚM. 18 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

El ciprés del Generalife, por L. M.—Aureola, poesía, por F. Z.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—A una estrella, poesía, por C. C.—La madre, por Enrique Berthoud.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL CIPRÉS DEL GENERALIFE.

(Conclusion.)

Volaban las horas con indecible rapidez, y el sol había llegado al medio de su carrera sin que se presentasen los defensores de la reina: el pueblo empezaba a agitarse, y los parciales de aquella trataban de arrojar sobre las tribus contrarias y trabar una reñida pelea, á fin de saciar su sed de venganza, pero se contenían al ver á Moraima serena, y con la vista fija sucesivamente en el cielo y en el camino de la ve-

ga. Ya eran las dos de la tarde, y nadie parecía; entonces Malique Alabez, Aldoradin y otros dos caballeros se acercaron al tablado, y pidieron con vivas instancias á la reina que los nombrase por sus defensores.

—Agradezco en el alma vuestra generosa oferta, les contestó, pero esperemos otras dos horas, y si no vienen los caballeros que tengo prevenidos, os acepto con reconocimiento.

Entonces se retiraron, y no había pasado media hora cuando por la puerta de la vega se oyó un gran ruido y se vió aparecer á pocos instantes cuatro caballeros vestidos á la turca, montados en poderosos bridones.

Llevaban marlotas azules con guarniciones de plata y oro; los arbornoces eran de seda azul, y los turbantes tambien de seda listados de oro y azul; sobre el bonete llevaban una media luna, y se desprendían de ella plumas azules, verdes y rojas; los pendoncillos eran igualmente azules en los que llevaban bordadas las armas de sus escudos; las del primero eran un lobo en campo verde en acción de despedazar á un moro con esta letra: *Por su mal se devora*; las del segundo, un león rampante en campo blanco; las del tercero un águila dorada en campo rojo con las alas abiertas subiendo al cielo, y llevando entre las garras una cabeza de moro chorreando sangre; y las del cuarto un estoque con filos teñi-

dos en sangre sobre campo blanco, en cuya punta tenia clavada la cabeza de un moro.

Brillante era por cierto la apostura de los bizarros caballeros, y bien manifestaban por el modo con que conducian sus corceles, que estaban muy diestros en todos los ejercicios de caballeria; llegados que fueron al pié del tablado demandó el primero licencia para hablar, y obtenida dijo así, en arábigo, dirigiéndose á la reina:

—Señora, nosotros somos cuatro caballeros turcos que arribamos á España con intento de escaramuzar con los caballeros cristianos; pero habiendo sabido al atravesar la vega de Granada el conflicto en que os hallais, nos hemos apresurado á venir á ofreceros nuestros brazos y nuestras vidas; y si quereis permitirnos batallar en vuestro nombre, os juramos pelear hasta obligar á vuestros calumniadores á que proclamen vuestra inocencia.

—Acepto! contestó la reina, al ver una señal que la hizo su esclava Esperanza de Hita.

Haciéndola entonces una profunda reverencia, picaron sus caballos y penetraron en el palenque en medio de la admiracion de todos los circunstantes.

Llegados en frente de los mantenedores, encárase con ellos el turco del estoque en campo blanco, y les dijo:

—¿Por que tan sin razon habeis acusado á tan noble señora?

—Por haberla visto cometer adulterio, contestó Dahomed Zegrí, debajo de un ciprés del Generalife.

—Miente como un villano el que tal diga, contestó el turco; y blandiendo con suma presteza la lanza, le dió tal golpe con el cuento de ella, que le lastimó el brazo: irritado el Zegrí arremetió contra él, lo que visto por los jueces, dieron la señal á los trompeteros y trabaron los seis restantes una reñida escaramuza.

Alí Hamete cayó en suerte al caballero del leon rampante, Mahandin al del lobo, y Mahomat Gomel al del águila.

No habia dos minutos que lidiaban, cuando ya habian hecho astillas las lanzas, y habian volado hechas pedazos las plumas de los turbantes: eran en verdad los moros valientes, pero se las habian con quienes habian vencido mas de una vez á otros mas bravos que ellos; así que menudeaban sus furibundos golpes con tanta rapidez, que no les valia á los Zegríes ni su destreza en las armas ni la velocidad de sus caballos: sin embargo, logró Mahomad herir en el muslo al caballero del águila, el que encendido de cólera cayó sobre él con la espada levantada, y sacudiéndole un fiero mandoble sobre la cabeza se la

abrió en dos pedazos; cuando lo tuvo á sus pies, se marchó con mucho sosiego debajo del tablado y se recostó sobre el arzon á ver la batalla.

Un aplauso universal resonó en la inmensa plaza, y tornaron los colores de la alegría y de la esperanza á brillar las mejillas de la reina.

No estaban tan aventajados los otros caballeros: pero excitados por la sangre que se vertia de sus anchas heridas, y por el triunfo de su compañero, cayeron á su vez con tanta furia sobre sus adversarios, que en poco tiempo les hicieron vomitar el alma en medio de un torrente de negra sangre; Mahomat Zegrí era el que todavía resistia; pero acometido por el caballero del estoque, cayó á sus pies con una herida mortal; é instado por este para que confesase la verdad, dijo con voz débil en presencia de los jueces del campo: «Es falsa la acusacion que hemos levantado contra la pura é inocente reina, pues lo hicimos por vengarnos de la preferencia que daba el rey á los Abencerrajes, los que tambien son inocentes de los crímenes que se les han imputado.»

Mil vivas y algazaras resonaron en la plaza, y acudiendo los caballeros moros á los vencedores, los condujeron á los piés de la inocente Moraima, la que derramó lágrimas de alegría, cuando al alzarse las viseras le dijo su esclava Esperanza. «Ahí teneis á D. Juan Chacon, señora mia.»

—El que acompañado de los esforzados caballeros D. Manuel Ponce de Leon, duque de Arcos, D. Alonso de Aguilar, y D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, ha acudido á vuestro llamamiento y ha hecho triunfar vuestra inocencia, la respondió el señor de Cartagena.

—Gracias, esforzados caballeros, gracias; no en vano confiaba en vuestro valor y generosidad: creed, ilustres guerreros, que mi agradecimiento no tiene límites, y que quisiera mostrároslo de alguna manera.

—Dadnos á besar vuestra real mano, y estaremos suficientemente pagados, contestó D. Juan; hincaron la rodilla en tierra, y la besaron.

En seguida montaron á caballo, y á pesar de las súplicas de la reina, de Muza y de los jefes de las tribus amigas, partieron á escape hácia la puerta de la vega, dejando atónitos y admirados al inmenso pueblo, de su valor y generosidad.

CONCLUSION.

Un año despues, cuando se entregó la ciudad á los muy altos y poderosos reyes de Castilla y

Leon D. Fernando y Doña Isabel, la reina Moráima abjuró su creencia, y adoptó la religion cristiana, siendo su madrina la reina católica. Tomó el nombre de Doña Clara de Granada, y se retiró al convento de santa Isabel la Real en el Albaicin, fundado por la reina castellana, en donde á poco tiempo murió.

L. M.

AUREOLA.

Cuando un niño muere
los ángeles cantan:

«En buena hora vengas,
«hermano, á las casa,
«la casa de Dios.»

Y al son de las liras
las vírgenes danzan,
y espárcense flores,
y enciéndense lámparas
que eclipsan al sol.

Sublime matrona
en límpida nube
desciende cruzando
campañas azules,
y llega hasta aquí.
Y el alma recoge
del nuevo querube,
y torna, rompiendo
los aires azules,
el sumo cenit.

Luego en una sala
con ricos tapices
de estrellas de oro,
al niño reciben
los niños de allá.
Y en mesa de nácar

manjares le sirven,
néctar y ambrosía
que su sed extinguen
y sueño le dan.

Á un lecho le llevan
después, de suave
pluma, y en la alcoba
velando dos ángeles
quedan con amor.
Y al rayo del alba
callada acercándose
al lecho, al dormido
dá un beso la madre,
la madre de Dios.

Y el niño despierta,
y al ver en sus hombros
dos fúlgidas alas
de plumas de oro,
sonríe feliz,
Y hiende el espacio,
y baja, y al rostro
de la madre tierna,
del padre amoroso
su rostro va á unir.

Y canta á su oído:

«la vida es amarga,
«la tierra una cárcel
«sombria del alma,
«la gloria una flor.
«¡Dichoso el que muere
«cuando la mañana
«de la vida asoma,
«y al cenit avanza
«cuando á oriente el sol!»

F. Z.

LA PENDIENTE DEL ABISMO

(CONTINUACION.)

Marta sintió que su corazón se oprimía y que su cabeza deliraba.

Aquel dolor le pareció inmenso y superior al suyo.

Mercedes en medio de su desesperación había cogido en su mano y arrastrándose á sus pies repetía sin cesar.

—Tenga V. piedad de mí, tenga V. piedad de mí.

—Oh! murmuró al fin la madre de Enrique, ¿porqué no esperó Castro al día de hoy, porqué no calló anoche y esta desventurada madre no lloraría hoy en una prisión?

Mercedes al escuchar estas palabras besó la mano á Marta exclamando con efusión.

—Bendita sea V. que me cree inocente, bendita sea V. que tiene compasión de mí!

—Pero ¿qué hacer? dijo Marta con acento doliente y agitado. ¿Qué hacer para salvarla.

—¡Ay! dijo Mercedes, no hay salvación posible para mí... porque ¿V. cederá á mi deseo? porque V. callará? es cierto?

Marta inclinó la cabeza llorando.

—Sin embargo, prosiguió la madre de Julio. Si yo me atreviera... Si V.... pero... ¿porqué vacilo, si me dirijo á una madre?

—Hable V.

—Yo estaría mas tranquila... casi sería feliz, si supiera que mi pobre Luisa... que mi hija enferma, no tenía... no tenía hambre, dijo bajando la voz y oprimiendo con violencia el brazo de Marta.

—¡Cómo! murmuró estremeciéndose mas aun, pues qué ¿caso...

—¡Oh! señora, nosotros hemos llegado poco á poco á la mas espantosa miseria: nosotros hemos pasado muchos dias sin pan! y esa infeliz niña, esa niña que solo tiene quince años ha sufrido y trabajado mucho! tanto... tanto que al fin ha caído

agobiada por el peso de nuestro infortunio! por que ella era mas débil que nosotros, porque en su edad las privaciones destruyen... y matan! Oh! V. no puede comprender mis dias de afán, mis noches de locura, al verla enflaquecer y tornarse pálida! al oirla decir, siempre sonriendo para minorar mi dolor.

—Si estoy bien, si yo nada necesito, madre mia!

Y sin embargo, yo sabia que sufría, yo escuchaba su voz desmayada, yo sorprendía sus ojos abatidos y llenos de lágrimas! ¡ay! señora, si V. no ha visto perecer sin recursos á una hija querida, no sabe V. como se desgarró y esprime lágrimas el corazón de una pobre madre!

—Y sin embargo ¿ustedes tenían...?

—Sí! teníamos ese oro; teníamos esos billetes, y se lo juro á V. por la vida de mi infeliz Luisa, jamás, ni aun con el pensamiento, hemos osado atentar á ellos!

—Oh! yo no hubiera llegado á tanto! exclamó Marta con asombro, yo no hubiera llegado á tanto!

—Y sin embargo, estoy acusada de un robo! murmuró Mercedes llorando.

Marta la contempló un momento con respeto y admiración, despues, y como tomando una resolución decisiva.

—Vamos, dijo, ya sé lo que debo hacer!

—¿Qué? preguntó con afán Mercedes, ¿Va V. á....

—No! dijo la madre de Enrique adivinando el pensamiento de aquella muger, no: callaré, callaré, puesto que así lo quiere. Hay situaciones tan grandes, infortunios tan sublimes que debemos mirarlos con respeto y veneración, cuando ¡ay de mí! no los podemos evitar! La justicia humana es á veces ciega, pero es tambien inexorable, y en vano trataríamos de arrancarle la víctima que nosotros mismos le hemos entregado! Su deber es castigar el delito, si el delito existe, y no la harán retroceder ni los ruegos ni las lágrimas.

Por eso solo puedo decirle; siga V. su camino, en el cual no debe interponerse ningunavoluntad humana, por que la senda que ha escogido, es tal, que solo Dios debe avalorar y comprender su sacrificio! Pero hay un pobre anciano que necesita socorro! hay una pobre niña enferma y abandonada! Señora, señora ¿quiere V. que yo sea madre de Luisa en estos momentos de angustia y abandono?

Mercedes iba á contestar, pero las fuerzas le faltaron!

Marta abrió los brazos en silencio, y la infe-

liz muger cayó en ellos con una explosión de infinito llanto.

Por un instante el corazón de aquellas dos madres confundió su latido; como ambas confundían sus lágrimas, menos amargas en aquel instante quizá, por que Dios otorga al dolor sublimes consuelos, cuando junta dos almas hermanas.

Poco despues, Marta salía de la prision, dolorida, trémula, sin fuerzas, y se dirigia á su casa con paso vacilante y fatigado.

Iba á tomar algun dinero para poder cumplir la oferta que acababa de hacer.

Aquel dia estaba libre aun, Estéban no volvería hasta el siguiente, y queria aprovechar su libertad, corriendo á casa de D. Diego á llevarle esperanzas, á llevarle socorro.

Al entrar en su morada corrió á su tocador, sacó de uno de sus cajones un bolsillo donde tenia sus pequeños ahorros, y volvió á bajar la escalera sin querer detenerse un instante. Al llegar al dintel de la puerta encontró á Enrique que venia á buscarla despues de haber visto á su amigo Castro.

—¿Dónde vas, madre mia? la preguntó Enrique con interés.

—A cumplir un sagrado deber, hijo mio, le contestó ella con acento triste.

—Estás muy pálida, tu mano tiembla, ¡oh! te veo muy agitada. ¿Quiéres que vaya contigo?

Marta vaciló un instante, y despues exclamó con voz temblorosa, y casi al oído del jóven.

—Sí, ven, ven, hijo mio, y así podrás comprender las terribles consecuencias de la conducta de un hijo extraviado.

Y tomando el brazo de Enrique cruzaron algunas calles, y poco despues subian la misma escalera que la noche anterior habia cruzado Marta, en busca de la salvacion de aquel hijo á quien tanto amaba.

El corazón de Marta latia con violencia al pisar el umbral de aquella morada, donde la enfermedad y la desgracia habia fijado su huella.

¡Oh! ¿qué iba á encontrar? ¿cómo hallaria á la pobre niña, débil flor combatida por tan rudo huracan? ¿Cómo veria al infortunado anciano, para quien la honradez era un culto, y que veia su nombre envuelto entre una causa de estafa y robo?

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vñchez.

A UNA ESTRELLA.

Chispa de luz que fija en lo infinito
Absorbes mi asombrado pensamiento,
Tu origen, tu existencia, tu elemento
Menos alcanzo cuanto mas medito.

Si eres ardiente, inamovible hoguera
¿Donde el centro descansa de tu lumbré?
Si eres globo de luz, ¿Como en la cumbre
No giras tú de la insondable esfera?

¿Por qué la tierra sin descanso rueda?
¿Por qué la luna el globo majestuoso
Mueve, mientras tu carro misterioso
Inmóvil, fijo en el espacio queda?

¿Es que mi vista de mortal no alcanza
Á percibir desde su oscuro asiento
Allá en la altura suma el movimiento
De tu carroza que en lo inmenso avanza?

¡Ah, sí! que por espíritu movida
La creacion sin descanso se sostiene,
Y todo en la creacion marcado tiene
Forma y destino, movimiento y vida.

Tú giras, sí: tus alas soberanas
Cruzan el mundo y sus confines tocan...
Mas ¿como en tu carrera no se chocan
Tus millares sin número de hermanas?

Mas allá de su límite prescrito
Sediento avanza, audaz el pensamiento,
Y tu origen, tu vida, tu elemento
Menos alcanzo cuanto mas medito.

C. C.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

CAPÍTULO I.

LA MADRE.

Todavía se vé en Brujas no lejos de la academia real de pintura, una casa de madera cuya construcción data evidentemente del siglo décimo quinto. Transformada en nuestros días en una especie de cortijo, fué en 1490 nada menos que la morada del mas rico comerciante de la rica ciudad de Brujas. Llamábase este comerciante Nicolás Aldovrando y todos los años enviaba á Levante veinte barcos cargados de paño y telas; los cuales le traían en cambio mercaderías de aquellas apartadas costas. Semejante comercio emprendido con fondos considerables, le rendía tres millones de florines: así es que fué uno de los que mas se alegraron cuando terminadas las diferencias entre el archiduque Maximiliano y vecinos de Brujas, volvió la paz á favorecer la industria y las especulaciones.

Una tarde despues de haber pasado todo el día en disponer la remisión de sus mercancías, en dictar cartas para sus comensales y examinar sus libros de cuenta y razón, llevados por mas de veinte dependientes que diariamente trabajaban en su escritorio, en el salón donde se hallaba su esposa. No pudo reprimir un movimiento de disgusto al verla acariciar tiernamente á un jóven de 15 á 16 años sentado á sus piés, y que apoyaba lánguidamente la cabeza sobre las rodillas de su madre.

—¿Hasta cuando, exclamó, has de estar mimando á Antonio, como si fuera un niño de dos años?

A la brusca voz de su padre se levantó Antonio, y con la cabeza baja, su cara fresca y rosada, medio oculta bajo su larga cabellera rubia, escuchaba la reprensión de su padre sin responder y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Que linda cosa, continuó el viejo comerciante, llevar un gorro de terciopelo que una gota de agua echa á perder, y vestido de seda

que cuesta mas dinero que el que podría V. ganar en un año entero! Pero no tiene V. la culpa caballerito, sino su madre que fomenta semejantes ridiculeces y fruslerias.

Aquella á quien se dirigía la última reprensión de Aldovrando se levantó del sitio donde estaba sentada y se dirigió pausadamente hacia la ventana contra cuyo alfeizar se apoyaba su marido. Á no ser conocidas las inmensas riquezas de este último, difícilmente hubiera podido explicarse como de un viejo tan regañón se había casado con una criatura tan bella y amable. Ella tendría 32 años la mas, y sus hermosos cabellos negros, recogidos con cuidado, prestaban un encanto irresistible á su frente pura y pálido semblante, lleno de cierta melancólica majestad indefinible. Hija del Bulgomaestre de Brujas, había abandonado hacia diez y seis años, por obedecer á su padre, la corte de la condesa María, su madrina, para casarse con Aldovrando, viudo en segundas nupcias y el mas rico comerciante de toda la ciudad. Ni el uno ni la otra encontraron la felicidad en esta unión; Aldovrando jamás pudo perdonar su propia fealdad y su avanzada edad á la hermosa y jóven mujer que había ido á habitar bajo su propio techo; y á esta le fué imposible, á pesar de su resignación á la voluntad paterna y su deseo de llenar sus deberes de esposa, olvidar la corte brillante de su madrina y comparar su existencia actual con la de otros tiempos. Para complacer á Aldovrando hubiera debido vestirse de paño burdo, levantarse al rayar el día, penerse á la cabeza de los quehaceres domesticos y dar á los criados el ejemplo del amor al trabajo. Margarita jamás se sintió con semejante valor, y ni una sola vez intentó meter sus manos pequeñas y blancas en la caldera de la legía que las hubiera quemado. Pasabase los días enteros en el salón donde vino á buscarla su marido, sin otra distracción que su devocionario y su laud, sin mas consuelo que su hijo. Á las órdenes imperiosas de su marido y á sus reprensiones, las mas veces brutales, oponía la mas eficaz y la mas invencible de todas las resistencias, la fuerza de inercia. Nunca replicaba, jamás discutía. Una obediencia absoluta parecia que era el único resultado de las órdenes que recibía; pero aquella organización débil y tímida jamás hacía una concesión á lo que no miraba como justo y necesario. Habitado Aldovrando mandar á todos y verse obedecido puntualmente, jamás hasta entonces había podido triunfar de aquella débil criatura. Cuando vió el hijo separarse de la madre y que esta no respondía á sus reprensiones, se sintió devorado por la cólera.

—No puedo presentarme á vosotros, exclamó, sin ver desaparecer de vuestros semblantes la alegría y la felicidad y tornarse triste y afligidos á mi aspecto ¿no soy vuestro marido? ¿no soy vuestro padre?

Antonio alzó la vista hacia su madre, como para leer en su rostro lo que debía hacer. Margarita le indicó que se alejara y mientras el niño desaparecía con la ligereza de un pájaro, se agarró del brazo de Aldovrando.

—Antonio está malo hace algunos días, dijo ella; por eso no he querido que bajase á los almacenes como de costumbre. ¿Sabeis el cuidado que me inspira la poca salud de ese niño?

—El demasiado regalo es la causa de la mala salud de Antonio, señora y si llevase una capa de paño burdo en vez de jubon de seda y unos calzones como su padre, no tendría que temer sin cesar las toces y los espantos de sangre. Pero quereis vestirle á lo gran señor, y ahí teneis las consecuencias.

Desde las primeras palabras abandonó Margarita el brazo de su marido, se puso á bordar con gran atencion y parecia hacer tan poco caso de las palabras de aquel, ó acertarlas con tanta resignacion que Aldovrando fuera de sí al ver tanta sangre fria, cogió una silla con violencia y la tiró á los piés de su mujer haciéndose mil pedazos sobre las baldosas de marmol! Margarita levantó los ojos, retiró un poco su silla y su bastidor y continuó bordando. Avergonzado Aldovrando de su propia cólera y furioso al ver la serenidad de su mujer, rechinó los dientes y dió tal estiron á la cadena de oro que llevaba al cuello que la hizo tres pedazos.

—En fin, murmuró, todo esto va á acabar muy pronto, ya que no puedo hacer que mi hijo me obedezca, se irá de mi casa.

Á esta amenaza un temblor se apoderó de todos los miembros de la pobre madre y echó á su marido una mirada llena de temor y de desesperacion. Aldovrando sorprendió esta mirada que dió á su corazon una cruel alegría, porque por primera vez veia que uno de sus tiros iba bastante bien apuntado para obligar á la víctima á descubrir lo que padecia.

—Sí, continuó, Antonio saldrá de mi casa; y no tardará un año, ni un mes, sino que será mañana.

Apartó ella vivamente su bastidor y se levantó pálida, aturdida, y próxima á desmayarse.

—No lo hareis, dijo, no lo hareis,

Si haré tal, interrumpió él con una violencia casi feroz. Antonio partirá mañana mismo para Ostende; de donde se embarcará á bordo de uno de mis buques que se dá á la vela para Levante.

Dirijido á mi consocio que está al frente de nuestra casa de comercio en aquel país, permanecerá en él cuatro ó cinco años durante los cuales aprenderá la lengua oriental y no se andará con melindres para mudar de un sitio á otro las sacas, medir paño y escribir en los libros de comercio.

—Eso no es posible, no es posible, señor mio, Quereis divertirlos con mi terror. Separarme de mi hijo, quitarme mi alegría, mi solo consuelo, mi única felicidad! ¡Oh! eso no es posible!

—Pero os quedará vuestro marido, señora, Refunfuñó el viejo sin compasion.

—¿Pero no sabeis que Antonio es mi vida, que sin él no me queda ya mas que morir?

—Pero os quedará vuestro marido, repitió el inflexible Aldovrando.

—¿Qué quereis que sea de él, solo, débil, enfermizo, durante las fatigas y peligros de una larga travesia, en un país estrangero, lejos de los cuidados de su madre? ¡Oh, no le hareis que marche! Nicolás, amigo mio; tened compasion de mí! ¡Que no se marche!

—Gracias á Dios, señora que he llegado á conmoveros. Gracias á Dios que haceis caso de lo que yo digo. Pero por eso no dejaré de hacer lo que he dicho. Dad orden de que preparen todo lo que necesita vuestro hijo para el viaje: mañana al amanecer se despedirá de vos.

Enjugó ella sus lágrimas; reprimió el movimiento convulsivo que agitaba todos sus miembros y se cruzó de brazos resueltamente.

—No marchará Antonio, dijo, fijando en su marido miradas de firmeza que hizo bajar al viejo los ojos.

—Si tratase de desobedecerme, le haria embarcar por fuerza.

—Antonio no marchará.

—Yo le enviaré á bordo atado de piés y manos.

Antonio no marchará

—Yo le maldeciré.

—Antonio no marchará. ¿Que importan amenazas, que importan maldiciones que no escuchará Dios porque son injustas y crueles? Escuchadme bien, Aldovrando: yo he puesto un re-

(Continuará)

ENRIQUE BERLHOUD.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

—Mucho me agrada oír á V. E., y yo le ofrezco seguir siempre sus consejos.

—Sino no puede haber felicidad en el matrimonio, hija mia. Pero no creas que solo á guardar limpio el nombre de un esposo, á no mancharlo con una sombra, á exponerlo con una palabra, con una mirada, con una sonrisa á la murmuración ó á las sospechas del mundo, se reducen los deberes de la muger casada; no; hija mia, en el centro de su casa, en el fondo de su hogar, su vida está sujeta al cumplimiento de mil pequeñas obligaciones, que forman el todo de su dulce misión. Ella debe en primer lugar, estudiar el carácter de su esposo, sus gustos, sus costumbres, y plegarse á ellos de un modo sencillo y fácil, sin hacer demasiado alarde de obediencia, ni mostrar tampoco que cede con violencia ni disgusto. El hombre, hija mia, es el señor de la casa, el jefe de la familia; Dios le concedió la fuerza, que siempre está de su parte, como otorgó á la mujer la debilidad y la belleza, y la gracia y el amor, para equilibrar esta fuerza y darle tambien medios suaves de dominio.

Y no creas, Rosa mia, que yo, al decir esto, quiero que la madre de familia, la esposa prudente y digna sea un autómeta ó una esclava sin voluntad; no: lejos de eso, debe mostrar su opinion, debe tomar un interés constante en cuanto atañe al bienestar y la prosperidad de su casa, pero esto de un modo dulce y amoroso, sin manifestar jamás oposicion ni violencia, no poniéndose frente á frente en el camino del marido, si no usando de la convicción, de la persuación, y aun del ruego. Cuando el carácter del hombre es iracundo y violento, debe no contrariarle jamás en los instantes de enojo ó exaltación, y luego, mas tarde, cuando hayan pasado los primeros momentos, mostrarle su error de un modo amable, con la indulgencia en la mirada, y la sonrisa en los labios. Oh! de este modo, no lo dudes, Rosa, no lo dudes, conseguirán que aquel hombre se avergüence de sus arrebatos y dulcifique su génio y sus maneras y sus costumbres.

—Pues tiene V. E. razon, señora. Cuando mi pobre madre vivia, mi padre se exaltaba á menudo, se enfadaba, gritaba y amenazaba por la cosa mas sencilla: Al principio, mi buena madre, que tambien era algo violenta, le replicaba con acritud; y si el uno hablaba

fuerte, el otro lo hacia mucho mas, llegando el caso algunas veces, de convertirse las amenazas en realidades.

Luego, mas tarde, cuando mi madre vió que yo me asustaba mucho y me ponía mala con aquellas escenas, juró, por el amor que me tenia, de evitarlas, para librarme de un mal rato, y, no sabe V. E. lo que todo cambió entonces. Tomaba mi padre cualquier enfado, daba gritos y pronunciaba palabras... así un poco inconvenientes, y mi madre callaba, procurando dejarle solo ó darle entonces la razon. Como él no tenia con quien disputar, callaba tambien, y se le pasaba poco á poco el enfado. Cuando llegaba este caso, mi madre le decía con dulzura: «Cuando otra vez riñas, Nicolás, procura que nuestra hija no esté presente, al verte de ese modo, la pobre niña te cobrará miedo, te creará injusto, por que... ya ves, no tenias razon en ponerte de ese modo. Y aquí mi madre le refería con mucha suavidad y mucho cariño todo lo que habia hecho mal, concluyendo siempre por decir: yo quiero que la niña te respete, te crea justo, pero no que te tenga miedo, y empiece á temblar cuando te vea, en vez de alegrarse y correr á tí llena de amor.»

Mi padre creia esto muy justo, bajaba la cabeza y se marchaba sin responder, pero evitaba enfadarse en algunos dias y como cuando otra vez llegaba á hacerlo, mi madre con el mayor disimulo me llamaba junto á ella y no se separaba de mí; vea V. E. como poco á poco las querellas se acabaron, y jamás se volvió á oír una mala palabra, ni una maldición en mi casa.

—Tú madre debia ser una mujer de talento, Rosita, y si todas la imitarán, habria muchos matrimonios felices: pero yo estoy segura, hija mia, que tú lo harás, y ahora mas que nunca me doy el parabien, de que Julian haya fijado sus ojos en tí, tú serás para él una esposa buena y amante; sufrirás sus defectos, le ayudarás en sus trabajos, tomarás parte en sus alegrías, no gastarás en vanas galas, ni en frívolos adornos el sudor de tu esposo, ni el patrimonio de tus hijos: tus labios no se abrirán para locas exigencias, ni quejas inmotivadas: serás activa, laboriosa, pulcra; procurarás aumentar su hacienda con la economía y el buen orden; y así, apoyados el uno en el otro, cruzareis mas facilmente el camino de la vida.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de La Madre de Familia.